

Charles Maurras y los nacionalistas argentinos

Recepción y “usos” en los años posperonistas

Facundo Cersósimo

Instituto Ravignani / CONICET / FFYL-UBA

Introducción

El 16 de noviembre de 1952 fallecía en Tours, Francia, el político y escritor Charles Maurras. Durante el siglo xx, el principal referente del movimiento monárquico *Action française* representó para ciertos círculos nacionalistas argentinos una fuente de recetas para interpretar e intervenir en el escenario político local.

Tras una primera recepción en las décadas iniciales de dicho siglo, luego de su muerte fue recuperado en un renovado clima de ideas donde el catálogo de lecturas del universo nacionalista se actualizó al calor de la guerra fría y el posperonismo. Es dicho momento el que nos interesa analizar aquí.

Nuestra puerta de entrada será el aniversario de su desaparición física celebrado en 1972. La “Comisión Argentina de Homenaje a Charles Maurras en el xx aniversario de su muerte”, encargada de organizar las actividades, contó con la participación de un conjunto de figuras cuyas trayectorias mostraban heterogéneos recorridos y, para la época, apuestas políticas divergentes. Sin embargo, parecieron encontrar en ella un común punto de reunión.

Inicialmente enfocaremos nuestra atención en dicha comisión y a partir de allí daremos cuenta de la primera recepción de Maurras, para luego reconstruir las redes en las que se inscribían sus integrantes y analizar las biografías individuales y colectivas más significativas. Identificaremos también la producción de quienes para la época exploraron la obra de Maurras a través de operaciones intelectuales ciertamente disímiles en función del contexto político del momento; rastreamos a los agentes culturales encargados de la difusión de sus escritos en la Argentina y la actividad política e intelectual de quienes cruzaron el océano tras haber participado del proyecto maurrasiano en su lugar de origen.

En definitiva, todo ello nos permitirá explorar el campo nacionalista argentino en la segunda mitad del siglo: las familias que lo integraban, las apuestas políticas, los ámbitos de sociabilidad, la circulación de ideas transatlánticas y su reapropiación, entre otras variables.

Recordando a Maurras

Hacia septiembre de 1972, un pequeño boletín editado en la localidad de Tala, provincia de Salta, titulado *La Tradición*, anunciaba la realización de un homenaje a Maurras. Allí comuni-

caba a sus lectores la conformación de la citada comisión, los integrantes de la misma y una serie de actividades a realizarse a mediados de noviembre.¹ Al aproximarse su inicio, el diario *La Nueva Provincia*, propiedad de Diana Julio de Massot, era el que daba mayores detalles de la agenda diagramada.²

El lunes 13 Enrique Zuleta Álvarez, docente de la Universidad Nacional de Cuyo, disertaría acerca de “Maurras poeta y literato”. Al igual que las demás actividades de la semana, esta se llevaría a cabo en el Salón del Socorro, contiguo a la Basílica de Nuestra Señora del Socorro, en el barrio porteño de Retiro. Al día siguiente sería el turno de Alberto Falcionelli, por entonces docente en la misma casa de estudios, quien se explayaría sobre un tópico central de la propuesta del homenajeado: “Maurras y la Monarquía”. El miércoles 15, el sacerdote Mario Pinto sería el encargado de abordar un tema sensible de su obra y de su biografía al exponer acerca de “Maurras, el tomismo y la Iglesia”. Otro sacerdote, Raúl Sánchez Abelenda, al día siguiente y a pocas cuadras de allí, cuando se conmemoraba el 20º aniversario de su fallecimiento, celebraría la misa en la capilla del Colegio Champagnat, un tradicional establecimiento educativo de la ciudad de Buenos Aires.

Finalmente, mientras en la Argentina una importante movilización popular se preparaba para recibir a Juan Domingo Perón tras 17 años de exilio, el viernes 17 de noviembre el ciclo se cerraría con la exposición de Julio Irazusta titulada “El método filosófico y político de Charles Maurras”.³

Ya sea por sus biografías intelectuales o por sus itinerarios personales, los expositores eran las personalidades más consustanciadas en la Argentina con la figura de Maurras. Julio Irazusta, uno de los dos presidentes de la comisión, desde los años veinte estuvo en contacto con su pensamiento, iniciado tras una larga estadía en Europa junto a su hermano Rodolfo, quien, dos años mayor que él, lo introdujo en el ideario del referente de *Action française*. Fue sin duda la empresa periodística que ambos promovieron a partir de diciembre de 1927, *La Nueva República*, el principal canal de recepción de las ideas maurrasianas. Julio, para mediados de los años treinta, ya se reconocía un antiguo lector del mismo.⁴

Quien lo acompañaba al frente de la comisión era el francés Alberto Falcionelli. Residente en la Argentina desde la década de 1940, se había formado en París junto al propio Maurras, del cual llegó a ser secretario, y a quien continuó reivindicando como su maestro aún en la segunda posguerra, cuando su estrella y la de su movimiento se apagaban a raíz del desprestigio provocado por la vinculación al régimen de Vichy (con el que Falcionelli también había simpatizado).⁵

Por su parte, desde mediados de los años cincuenta Zuleta Álvarez, discípulo de los hermanos Irazusta, había comenzado a explorar su pensamiento. Volcó los resultados en una serie de artículos y en un libro que alcanzaría cierta circulación. En el momento de la citada conferencia podemos afirmar que era un “experto” en su doctrina.

¹ Cf. “Homenaje a Maurras”, *La Tradición*, N° 113, septiembre-octubre de 1972, pp. 4-5.

² Véase “Semana de homenaje”, *La Nueva Provincia*, 13 de noviembre de 1972, p. 3.

³ *Ibid.*

⁴ Julio Irazusta, “Maurras”, en *Actores y espectadores*, Buenos Aires, Sur, 1937.

⁵ Cristián Buchrucker, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”, en *Informe final de la “Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina”* (CEANA), Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, 1998, p. 16.

Por último, Mario Pinto, sacerdote dominico ordenado siendo adulto, también era un gran conocedor y admirador de sus ideas.⁶ Formado en el círculo de tomistas cordobeses, en especial a través de su amigo Rodolfo Martínez Espinosa, en los años cincuenta, en una serie de artículos, algunos de los cuales aparecieron en una publicación de su provincia natal, ya reflexionaba acerca del tema de su conferencia.⁷ Secretario de Atilio Dell’Oro Maini en los Cursos de Cultura Católica, a comienzo de los setenta era uno de los referentes intelectuales de un grupo de jóvenes que recientemente habían conformado una organización denominada *Guardia de San Miguel*, una nomenclatura que no dejaba de recordar al capítulo fascista romano liderado por Cornelio Codreanu (aunque la versión más católica de todos ellos). Uno de los jóvenes promotores de la empresa era Vicente Gonzalo Massot, por entonces un novel estudiante de Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador y que junto a su hermano Federico, unos años mayor, eran los secretarios ejecutivos de la comisión homenaje. La misma se completaba con unos cincuenta vocales, incluidos, claro está, los disertantes citados.

Los momentos iniciales. En torno a *La Nueva República*

Más allá de que no constituyere el centro de atención del artículo, conviene detenerse en el primer arribo de las ideas maurrasianas a la Argentina. Como ya mencionamos, no es una novedad afirmar que *La Nueva República* fue el principal canal de recepción. Al menos así fue confirmado por los investigadores que más ajustadamente analizaron tanto la publicación y el clima de ideas en el cual esta se desplegó⁸ como el contexto de recepción de Maurras en las primeras décadas del siglo xx.⁹ Aunque, como analizaremos, dicha conclusión fue matizada por algunos de ellos.

Ciertamente, en el *staff* de la publicación, y en la órbita de la misma, se ubicaron los principales personajes que vieron en Maurras y en su empresa un lugar donde saciar inquietudes intelectuales y políticas de su tiempo, la Argentina de los años veinte y treinta. Los hermanos Irazusta, como mencionamos, fueron quienes tomaron contacto de primera mano en París con el autor de *Encuesta sobre la monarquía*. Claro que de su extenso periplo en la Europa de entreguerras, la estación francesa fue una más, y quizás en Julio hasta periférica en relación con el clima intelectual italiano e inglés con el que también tomó contacto. Bastaba con leer la recensión que escribió en ocasión de publicarse en español aquel trabajo, y los señalamientos que realizaba allí acerca de las limitaciones y precauciones de su doctrina, para advertir la

⁶ Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1975, pp. 75-76.

⁷ Cf. entre otros, Mario Pinto, “Charles Maurras y la Iglesia”, *Los Principios*, 5 de diciembre de 1952; Mario Pinto, “Charles Maurras y el tomismo”, *Dinámica Social*, III, N° 30, 1953, pp. 9-11; Mario Pinto, “Un sacerdote ante un alma”, *Los Principios*, 22 de noviembre de 1953; Mario Pinto, “Charles Maurras y una página inédita de Jacques Maritain”, *Dinámica Social*, III, N° 35, 1953, pp. v-vi.

⁸ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975; Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Olga Echeverría, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2009.

⁹ Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine. Etude comparée des cas argentin et brésilien”, en O. Dard y M. Grunewald (eds.), *Charles Maurras et l'étranger – L'étranger et Charles Maurras*, Berna, Peter Lang, 2009.

distancia que lo separaba de Maurras.¹⁰ Este, entonces, parecía ser uno más entre tantas referencias intelectuales y, por momentos, una referencia secundaria.

En Juan E. Carulla, otro de los redactores del periódico, la centralidad sí fue mayor. Médico entrerriano, anarquista en su juventud, durante la primera guerra mundial se alistó en el ejército francés como profesional y fue en París donde se convirtió al credo de *Action française*. Era su antisemitismo y su rechazo al sistema representativo liberal (que por otro lado lo llevarían a participar en la *Legión Cívica Argentina*) canales más directos que lo emparentaban con el proyecto francés, aunque según el testimonio de Julio Irazusta su admiración se debía más a León Daudet, la segunda figura después de Maurras.¹¹

Aunque tempranamente abandonó la redacción de la publicación, quien sí se declaró un “maurrasiano ortodoxo” fue Alfonso de Laferrère. En el momento de la condena vaticana, dicha definición lo llevó a actuar de abogado defensor de Maurras frente al auditorio católico local.¹² Fue él quien llevó a Roberto, su hermano menor y fundador en 1929 de la *Liga Republicana* junto a Rodolfo Irazusta (organización que en el momento de disputar el espacio público parecía emular a los *Camelots du Roi* de la Acción Francesa),¹³ a convertirse en otro de sus lectores, aunque quizá menos apasionadamente.¹⁴ Al igual que los anteriores, matizará su antiliberalismo con el paso de los años.

Más allá de continuar con el inventario de quienes podían sentirse atraídos por su figura, en definitiva, ¿qué podían tomar prestado de este para aplicar en aquella Argentina de gobiernos radicales y en plena transformación económica y social? Allí las respuestas se fragmentaban. La búsqueda de una monarquía como la forma de gobierno más efectiva, sin duda no. Con la excepción del Carulla de los años treinta, esta generación de nacionalistas, como bien señaló Zuleta Álvarez en su momento, no mostró intención alguna de cambiar las instituciones políticas tradicionales y la Constitución de 1853; más aun, insistieron en el retorno a la vida republicana y en la consolidación del orden jurídico-político establecido por la misma.¹⁵ Si como en el caso de Julio Irazusta existía cierta admiración hacia un régimen monárquico, se trataba del régimen inglés y mediado por Edmund Burke, a quien tradujo y prologó en 1980 en una reedición de su clásico trabajo.¹⁶

¿Era acaso la xenofobia, el sentimiento de decadencia y la posibilidad de un complot de enemigos externos (para Acción Francesa la denuncias se dirigían a Alemania) e internos (aquí las miradas se repartían entre los extranjeros, los judíos, los masones y los comunistas) los tópicos maurrasianos que atraían al círculo de la publicación? Al parecer tampoco. El contexto social y político local guardaba poca relación con la historia francesa de entonces, jalonada por episodios como el *affaire* Dreyfus y la primera guerra mundial, que delinearon el clima social que posibilitó el despliegue de dicha empresa.¹⁷ Si esas ideas circularon por el Río de la Plata, aunque con mucha menos fuerza que en la Tercera República Francesa, no fue

¹⁰ Julio Irazusta, “Maurras”, *op. cit.*

¹¹ Cf. Juan E. Carulla, *Al filo del medio siglo* [1951], Buenos Aires, Huemul, 1964.

¹² Alfonso de Laferrère, “La condena de Maurras”, en *Literatura y política*, Buenos Aires, Gleizer, “Colección La Nueva República”, 1928, p. 120.

¹³ Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine...”, *op. cit.*, p. 293.

¹⁴ Carlos Ibarguren (h), *Roberto de Laferrère (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.

¹⁵ Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, *op. cit.*, p. 214.

¹⁶ Julio Irazusta, Prólogo a Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Buenos Aires, Dictio, 1980.

¹⁷ Eugen Weber, *L'Action française*, París, Fayard, 1985.

precisamente el periódico en cuestión el que se hizo eco de ellas, ni Maurras la fuente de inspiración.¹⁸

Como ajustadamente señaló Fernando Devoto, el de *La Nueva República* era un maurrasianismo bien temperado. Esto podía explicarse, en primer lugar, por una situación política local más distendida. Segundo, por la presencia de otro corpus teórico significativo, que se compaginaba con el nacionalismo y que alcanzaba a algunos de sus integrantes: eran las coordenadas católicas tradicionalistas, y de allí su neotomismo, que a figuras como Ernesto Palacio y a colaboradores ocasionales como César Pico y Tomás Casares (más pronunciadamente) los llevó a observar con cierto recelo los escritos de Maurras –más aun luego de 1926, cuando Pío XI condenó a buena parte de ellos– por tratarse de un sistema que proclamaba “la política ante todo” y subordinaba la fe a los objetivos contrarrevolucionarios. Por último, por ciertas sensibilidades políticas de los integrantes de su *staff*, más cercanas a las prácticas de los conservadores locales que a los *Camelots du Roi*, los vendedores callejeros del periódico *L’Action française* que en ocasiones también intervenían en la vía pública al servicio del “orden”.¹⁹

Entonces, ¿qué les podía brindar Maurras? En la práctica, posiblemente un modelo de cómo ejercer el periodismo político. Pero también algo más. En el artículo de Irazusta antes citado, el autor proponía tomarlo “como maestro de metodología política” para aprender “a ver la realidad concreta tal como es”.²⁰ Quizás era esta la enseñanza que les dejaba: un método para el conocimiento experimental de la realidad social que habilitaba a la elaboración de recetas para la acción política en el corto y el mediano plazo, es decir, lo que el mismo Maurras denominaba un “empirismo organizador”.²¹ Fue allí donde al parecer encontraron las herramientas más efectivas para lograr compaginar una revista de ideas con la acción política en la coyuntura –aunque no todos los miembros con la misma intensidad–, acción política que apuntaba a terminar con la “turba democrática” y los excesos igualitarios que engendraba la democracia liberal. Males que, en la Argentina de entonces, vieron sintetizados en la experiencia yrigoyenista.

Claro que no era solamente Maurras quien brindaba el arsenal teórico para esto último: también podían sumarse al catálogo antidemocrático de entonces Burke, De Maistre, Barrès y la tradición española (Donoso Cortés y Maeztu, entre otros), quienes ocuparon un lugar central en el aparato de citas de la publicación, en especial esta última tradición, en los artículos de su director, Rodolfo Irazusta. Fue el catálogo, en definitiva, que, salvo ciertas altas y bajas, llevó a otras empresas y linajes de la época, por ejemplo a los autores que circularon por los Cursos de Cultura Católica, a encontrar un aparato teórico para oponerse a la democracia liberal hija de la Revolución Francesa.²²

La matización del peso de la figura de Maurras, entonces, no debería llamar la atención. A pesar de la influencia que tuvo en la formación política de algunos de sus colaboradores,

¹⁸ Cf. Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003; Sandra McGee Deutsch, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003; Sandra McGee Deutsch, *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ, 2005.

¹⁹ Cf. Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, op. cit., pp. 219-231.

²⁰ Julio Irazusta, “Maurras”, op. cit., p. 144.

²¹ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, “Presencia de Irazusta en la Argentina Contemporánea”, en Enrique Zuleta Álvarez, Enrique Díaz Araujo y Mario Saravi (eds.), *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1992, p. 13.

²² Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, op. cit., p. 206.

quienes examinaron las páginas de *La Nueva República* señalaron que solo fue citado en ocasiones aisladas.²³

Fuera de allí, su circulación pareció ser escasa, aunque sus huellas puedan detectarse en distintas publicaciones periódicas de aquellos años.²⁴ En la década del veinte despertó cierta atracción en el grupo de católicos cordobeses referenciados en Luis Martínez Villada. Como señaló José Zanca, fue a través de la recepción del Jacques Maritain de aquellos años, es decir, antes de que abandonase su antiliberalismo más intransigente, que un grupo de católicos de dicha provincia tomó contacto con su figura (en el marco, también, de la vitalidad que mostraba el catolicismo francés en la cultura católica argentina).²⁵

Así, bajo la impronta de Martínez Villada, el mayor de todos ellos, fueron Rodolfo Martínez Espinosa (quien más tarde colaboró en la primera época de *Presencia*, publicación dirigida por el sacerdote Julio Meinvielle durante el primer peronismo, y fuertemente crítico de este), Clemente Villada Achával (participante activo desde Córdoba del alzamiento que derrocó a Perón en septiembre de 1955, y luego designado asesor presidencial de su cuñado Eduardo Lonardi), y Nimio de Anquín quienes además de constituirse en el capítulo provincial del neotomismo local también consumieron la obra de buena parte de los escritores antiliberales europeos, entre ellos a Maurras, aunque sin desplazar, claro está, al autor de la *Suma Teológica*.²⁶

Aquí las referencias también parecían ser marginales. Basta con recorrer la producción de este último, intelectualmente el más activo de todos ellos, ya que en su extensa obra no se encuentran materiales (libros, artículos, reseñas, reseñas, recensiones, noticias bibliográficas) dedicados al personaje en cuestión.²⁷ Sus citas provienen principalmente del ámbito alemán, país al que viajó como becario en 1926 y en el que completó su formación en filosofía (entre otros, con el neokantiano Ernst Cassirer). Así, el antigermanismo de Maurras no parecería compatible con el tomismo y el nacionalismo de quien presidiera en los años treinta la filial cordobesa del *Partido Fascista Argentino* (un nacionalismo, por otra parte, con evidentes filiaciones germanas).²⁸

Releyendo a Maurras en los años posperonistas

Sea por las vicisitudes de la propia biografía de Maurras (tras levantarle Pío XII la sanción vaticana en 1939, se transformó en partidario y colaborador del Mariscal Petain, lo que le causó, una vez finalizada la guerra mundial, una condena por “colaboracionismo” y años de cárcel hasta poco antes de su fallecimiento), sea por episodios políticos del ámbito local (entre ellos, la irrupción y caída del peronismo) e internacional (principalmente el clima de ideas de

²³ Cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, op. cit., p. 213.

²⁴ Según Compagnon, hay rastros de su influencia teórica en publicaciones como *La Fronza*, *Crisol*, *Nuevo Orden*, *Bandera Argentina*, *El Fortín*, *Balcón*, *Nuestro Tiempo* o *Sol y Luna*. Cf. Olivier Compagnon, “Le maurrassisme en Amérique latine...”, op. cit., p. 294.

²⁵ Cf. Miranda Lida, “Trazos francófilos en la cultura católica argentina de entreguerras”, *PolHis. Revista del programa interuniversitario de historia política*, N° 13, enero-junio de 2014, pp. 246-251.

²⁶ Cf. José Zanca, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 46.

²⁷ Cf. Nimio de Anquín, *Escritos Políticos*, Santa Fe, Instituto Leopoldo Lugones, 1972; Nimio de Anquín, *Escritos filosóficos*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2003.

²⁸ Para el pensamiento de Anquín, cf. Enrique Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino*, op. cit., p. 292; Jorge Dotti, *Carl Schmitt en Argentina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000, cap. 26.

la guerra fría), el contexto de recepción de las ideas maurrasianas se había modificado con relación al período de entreguerras. También lo había hecho el campo nacionalista argentino.

Así, mientras que bajo un contexto político e intelectual trazado no solo por la guerra fría sino además por los ecos de la Revolución Cubana, el Concilio Vaticano II y la resolución de la cuestión peronista, una parte de la militancia nacionalista atravesó desplazamientos ideológicos, resignificaciones de trayectorias y cruces de fronteras con variados e impensados actores políticos; otros, en cambio, profundizaron sus aristas más intransigentes.

Utilicemos como ejemplo dos empresas políticas de la época, que además nos permitirán desbrozar estas complejas redes que convergieron en torno al aniversario del fallecimiento de Maurras. La primera de ellas es la organización *Tacuara*. De sus crisis periódicas surgieron grupos como el *Movimiento Nueva Argentina*, cuyos militantes se aproximaron a la izquierda peronista; el *Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara*, que derivó en una de las primeras organizaciones guerrilleras de aquellos años; mientras otros, siguiendo al sacerdote Julio Meinvielle y preocupados por el avance del “enemigo subversivo” aún en el interior de la organización, conformaron la *Guardia Restauradora Nacionalista* (donde, entre otros, participaron Fernando de Estrada y el sacerdote Mario Pinto, quien orientó a un conjunto de jóvenes militantes).²⁹

Pero fue el principal órgano periodístico nacionalista de aquellos años el que mejor refleja dicho proceso. Reuniendo a buena parte de los que acompañaron a Eduardo Lonardi en la “Revolución Libertadora”, en junio de 1956 apareció bajo la dirección de Marcelo Sánchez Sorondo el semanario *Azul y Blanco*. Como ya se ha señalado, las huellas de Maurras en las páginas de la revista estaban más que presentes, sea por la incorporación de la dicotomía maurrasiana de “país legal vs. país real” utilizada para criticar el discurso de Pedro E. Aramburu, sea por la recuperación del catolicismo en tanto parte de la tradición nacional (y no por razones confesionales), sea por los itinerarios personales de algunos de sus integrantes (como el caso del caricaturista Jean-Henri Azéma, un activo militante de *Action française* y destacado colaboracionista durante la segunda guerra mundial) o, como se podrá observar a lo largo del artículo, por las propias biografías intelectuales de sus integrantes.³⁰

A diferencia de *La Nueva República*, aquí la impronta de Maurras fue sistemáticamente negada (incluso por su director, quien retrospectivamente optaba por emparentarse intelectualmente con Barrès),³¹ debido posiblemente al desprestigio de los autoritarismos europeos en la inmediata posguerra con los que Maurras y su movimiento habían quedado vinculados.³²

A cargo de sus secciones aparecían figuras ya de renombre como Mario Amadeo, Federico Ibarguren, Juan Carlos Goyeneche y Máximo Etchecopar, quienes se intercalaron con

²⁹ Cf. Daniel Gutman, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003; María Valeria Galván, “El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural”, Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2008; Juan Manuel Padrón, “Nacionalismo, militancia y violencia política. Los tacuaras en la Argentina, 1955-1969”, Tesis de doctorado, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

³⁰ María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.

³¹ Cf. Marcelo Sánchez Sorondo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, p. 34.

³² Véase María Inés Tato, “Un sinuoso itinerario en los laberintos de la política argentina. A propósito de María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*”, *PolHis*, Año 6, N° 12, 2013, pp. 297-302.

nuevas generaciones como Ricardo Curutchet o más jóvenes aun como Raúl Puigbó y Mariano Montemayor.³³

Durante la presidencia de Arturo Frondizi, a quien decidieron acompañar tras la apertura electoral de 1958, su *staff* comenzó a fracturarse. Al poco tiempo de asumir, un grupo de ellos adoptó un tono crítico que se incrementaría en los meses siguientes.³⁴ Allí se ubicaron su director junto a Goyeneche y Curutchet (a cargo de aquí en más de la secretaría de redacción en reemplazo de Montemayor), quienes no tardaron en iniciar una virulenta campaña opositora acusando al nuevo presidente de comunista, lo que provocó la clausura y el final de su primera y más próspera etapa.³⁵

Representados por Amadeo, otro grupo más numeroso (entre los que se ubicaron el propio Montemayor, Etchecopar, Puigbó, Alberto Tedín, Santiago de Estrada y Bonifacio Lastra) apoyó las políticas del gobierno y comenzó un camino que los llevaría a nuevas estaciones políticas alejadas de la intransigencia de épocas pasadas.

Años más tarde, ya durante la segunda época del semanario, el primer grupo también se fracturaba. Reinaugurada en 1966, y con la participación de antiguos colaboradores como Federico Ibarguren y José Luis Muñoz Azpiri, y de nuevas figuras como Ignacio B. Anzoátegui, Juan Manuel Palacio y Luis Alberto Murray, entre otros, permaneció desde sus comienzos bajo la dirección formal de Curutchet pero con Sánchez Sorondo a cargo de la sección editorial; además, jóvenes nacionalistas como Juan Manuel Abal Medina y Luis Rivet dieron sus primeros pasos en la militancia a partir del periodismo político. A pesar de entusiasmarse con el rumbo inicial de la “Revolución Argentina”, al año siguiente las críticas hacia la dictadura de Juan Carlos Onganía dominaban el clima de la publicación. Claro que los lugares escogidos para formularlas ya no eran los mismos.

Mientras que Sánchez Sorondo, secundado por Abal Medina y Palacio (hijo de Ernesto), lanzaba el *Movimiento de la Revolución Nacional* para articular con sectores que excedían el habitual público del semanario (entre ellos diversos exponentes del peronismo o cercanos al mismo como Raimundo Ongaro, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, José María Rosa, Ernesto Palacio y Arturo Jauretche), Curutchet, acompañado por Juan Pablo Oliver, Roque Raúl Aragón y Carlos María Dardán, disconforme con el espíritu aperturista, abandonaban su redacción para conformar la *Junta Coordinadora Nacionalista*.³⁶ Desde allí también se opusieron a Onganía pero a partir de una agenda permeada cada vez más por el ideario tradicionalista.

Al igual que el derrotero de otras empresas políticas de la época, la bifurcación de ambos grupos no hizo más que profundizarse en el clima político generado por el retorno de Perón. Si los primeros terminaron por integrarse al *Frente Justicialista de Liberación Nacional* (donde se reencontraron con ex “azulblanquistas” como Mario Amadeo), Curutchet no solo se opuso

³³ Luis Fernando Beraza, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Cántaro, 2005, cap. 3; María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista*, op. cit.

³⁴ El giro aperturista hacia el capital extranjero (incluso en la sensible área petrolera), el acercamiento al Fondo Monetario Internacional, la legalización de títulos habilitantes de universidades privadas (que a pesar de favorecer a instituciones católicas para ellos fomentaba la radicalización del estudiantado) y su política exterior atravesada por las tensiones diplomáticas desatadas por la Revolución Cubana como por el *affaire* Eichmann, fueron algunos de los temas que alejaron a una parte de ellos del nuevo gobierno.

³⁵ Cf. María Valeria Galván, *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista*, op. cit.

³⁶ Cf. Luis Fernando Beraza, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, op. cit., p. 233.

a este nuevo capítulo peronista, sino que desde la dirección de la revista *Cabildo* inaugurada en mayo de 1973 (promovida por los jóvenes Vicente Massot y Juan Carlos Monedero) observó en él un avance del “enemigo subversivo”.

A pesar de sus diferencias, en noviembre de 1972, en la “Comisión Argentina de Homenaje a Charles Maurras en el xx aniversario de su muerte”, buena parte de ellos, y otros más, lograron juntarse en torno al autor de *Encuesta sobre la monarquía*.³⁷ ¿Los unificaban sus lecturas de la coyuntura política local? Por lo visto no. ¿Era, entonces, un itinerario de trayectorias compartidas? Tampoco; las distancias generacionales, sus prácticas políticas, su relación con la Iglesia, sus lecturas del peronismo, las empresas políticas en las cuales participaron, arrojaban resultados heterogéneos. ¿Los atraía, acaso, la reivindicación maurrasiana de “lo nacional”, y de allí el compartido rechazo al liberalismo en tanto enemigo de la *Nación*? Quizá por aquí podía ubicarse un punto de convergencia más firme, aunque no suficiente para comprender las redes de quienes allí confluyeron. La historia de cada uno de ellos con la figura de Maurras y las lecturas de su obra fueron ciertamente divergentes.

Una fotografía grupal de la citada comisión daba cuenta de tres genealogías nacionalistas. Una de ellas era la *tradicionalista*, cuyos integrantes guardaban la convicción de que la Iglesia católica era la única y verdadera religión y a partir de ella la sociedad debía organizarse; por lo tanto, la doctrina católica no solo debía permear sino también subordinar todas las esferas de la actividad humana. De allí que desplegaran una fuerte reacción contra las corrientes de secularización y laicización de la sociedad, según ellos iniciadas en el siglo xvi con el protestantismo pero aceleradas con la Revolución Francesa y coronada con la Revolución Rusa. En pos de la defensa de un orden jerárquico y elitista, rechazaban la democracia liberal y cualquier tentativa de participación popular. Consideraban irreconciliables catolicismo y liberalismo, y no admitían el esquema de partidos políticos ni la posibilidad de un escenario electoral (restringido o no) como vehículo de participación republicana.

Por la cantidad de miembros y por los disertantes en la agenda de actividades mencionada, fueron quienes tuvieron mayor presencia en la comisión (con la llamativa ausencia de Curutchet). A diferencia de la generación precedente, representada por Pico y Casares, Maurras parecía cobrar ahora una centralidad mayor. El levantamiento de la condena vaticana y su adhesión a la fe católica en el lecho de muerte quizá hayan sido elementos que ayudaron a recuperarlo en clave católica, como demostraba el sacerdote Mario Pinto (de todos ellos su lector más sistemático), quien a raíz del fallecimiento le recordaba al “liberal” diario *La Nación* que a pesar de las tensas relaciones con el Vaticano este no era un enemigo de la Iglesia sino un custodio de los más altos valores de la civilización cristiana.³⁸

³⁷ Los integrantes que logramos relevar fueron: Julio Irazusta y Alberto Falcionelli (presidentes); Federico y Vicente Massot (secretarios ejecutivos); y como vocales: Julio Meinvielle, Hervé Le Lay, Mario Pinto, Raúl Sánchez Abeleña, Juan Carlos Goyeneche, Jean Azéma, Mario Amadeo, Carlos F. Ibarguren, Federico Ibarguren, Enrique Zuleta Puceiro, Enrique Zuleta Álvarez, Marcelo Sánchez Sorondo, Ernesto Palacio, Juan Manuel Palacio, Fermín Chávez, Nimio de Anquín, Carlos M. Dardan, Fernando de Estrada, Ignacio Anzoátegui, Roque Raúl Aragón, Luis Alberto Barnada, Francisco Bosch, Héctor Bernardo, Rubén Calderón Bouchet, Alberto Ezcurra Medrano, Rodolfo Follari, César Augusto Falciola, Maurice Larivière, Bonifacio Lastra, Andre Laxague, Bernardino Montejano, Roberto Murga, Héctor Obligado, Ignacio Pirovano, Albert Paillard, Juan Manuel Medrano, Jean du Mazeau, Augusto Padilla, Antonio Rego, Alejandro Sáez Germain, Belisario Tello, Juan Carlos Villagra, Guillermo Zorraquín, Raúl Torres de Tolosa, Francisco Bellouard Ezcurra, Clodomiro Ledesma, Juan Antonio Urrestarazu Pizarro. Cf. “Homenaje a Maurras”, *op. cit.*, pp. 4-5; “Semana de homenaje”, *op. cit.*, p. 3.

³⁸ Mario Pinto, “Charles Maurras y la Iglesia”, *op. cit.*, p. 2.

¿Qué lectura realizaban de su obra? A pesar de que los resultados no eran homogéneos, en el aspecto filosófico el esfuerzo intelectual parecía estar puesto en conciliar maurrasianismo y neotomismo. Es decir, Comte y Santo Tomás de Aquino, un incrédulo y agnóstico con un ortodoxo cristiano.

Quienes recorrieron este camino parecieron ser conscientes de las dificultades que presentaba. Si en un artículo aparecido en una publicación que serviría de punto de encuentro de las distintas familia nacionalistas el padre Pinto prefería sortear dicha dificultad señalando que la afinidad entre el método y el pensamiento de Maurras (es decir, comteano) y el de Santo Tomás, “reside en el espíritu clásico del orden”, y rastreaba en la biografía del primero los testimonios en que reconocía desde su infancia la influencia de este último (recurriendo para ello al clásico libro de Henri Massis),³⁹ otro sacerdote como Meinvielle, en cambio, mostraba mayor cautela.

A pesar de desplegar una defensa del corpus maurrasiano y reconciliarlo con las coordenadas tradicionalistas, el “padre Julio”, como lo llamaban sus seguidores, lo colocaba en un plano de inferioridad. Para él, Maurras no brindaba una respuesta total, omnicompreensiva, ni una propuesta universal para contener el avance de la Revolución; como sí podía hacerlo la doctrina de Santo Tomás.⁴⁰

Pero fue Alberto Caturelli, el filósofo de mayor formación de los tradicionalistas argentinos en la segunda posguerra, quien más ajustadamente señaló las dificultades para la convivencia de ambas doctrinas. En *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, Caturelli, a diferencia de Pinto y de Meinvielle, ubicaba al francés fuera de las filas católicas al señalar que su agnosticismo lo llevó a disociar política y moral, y de allí una idea del orden no sustentada en Dios. El suyo era un orden referido al mundo biológico, al mundo humano e histórico y social; por lo tanto, un orden no católico.⁴¹

En cambio, en el clima social de entonces fue una lectura de Maurras en clave política la que pareció resultar más efectiva y lograr mayores acuerdos en el interior de esta familia nacionalista. La misma no buscaba incorporarlo a la fe católica (aunque otro artículo del padre Pinto en ocasión del primer aniversario de su muerte recorría ese camino)⁴² sino como un aliado en el combate del catolicismo contra sus enemigos: la democracia, el liberalismo y el socialismo.

Ya en ocasión de su muerte, Falcionelli, quien para entonces se declaraba su discípulo desde hacía un cuarto de siglo, recuperaba a un Maurras que le permitía delinear para los primeros años de la guerra fría una tercera alternativa desde las coordenadas de la propia “Patria”, alejada tanto del comunismo moscovita como del democratismo europeísta, ambos, para él, de raíz universalista.⁴³

Para el 20° aniversario de su fallecimiento, en aquel agitado y convulsionado año 1972, la mayor atracción pareció ser, entonces, recolocar a Maurras en la línea de los pensadores franceses del siglo XIX críticos de la “anarquía democrática”, tal como lo proponía desde las

³⁹ Mario Pinto, “Charles Maurras y el tomismo”, *op. cit.*, pp. 9-11. El libro de Massis es *Maurras et notre temps*, 2 vols., París, Plon, 1951. Publicado en español como *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956.

⁴⁰ Cf. Julio Meinvielle, “La ‘física política’ de Charles Maurras y la política cristiana”, en *Concepción Católica de la política*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, colección: “Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino”, N° III, 1974, pp. 186-195.

⁴¹ Cf. Alberto Caturelli, *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, *op. cit.*

⁴² Mario Pinto, “Un sacerdote ante un alma”, *op. cit.*, p. 2.

⁴³ Alberto Falcionelli, “Maurras y su doctrina”, *Dinámica Social*, III, N° 28, diciembre de 1952, pp. 7-8.

páginas de *La Nueva Provincia* Thomas Molnar (un filósofo húngaro radicado en los Estados Unidos pero con aceitadas conexiones locales), al ubicarlo junto a Comte, Tocqueville, Taine y Renan.⁴⁴ Camino que continuaba el mismo periódico cuando días después transcribía una selección de citas donde podía encontrarse en él, no solo como recordaba Caturelli una garantía contra dos “errores” condenados por la Iglesia (el liberalismo y el socialismo),⁴⁵ sino además, y aquí los editores del diario realizaban la operación inversa al filósofo de la Universidad Nacional de Córdoba, “la más brillante síntesis de las ideas tradicionalistas en lo que va del siglo”.⁴⁶

En cuanto al clima político e intelectual, para los tradicionalistas ¿arrojaba mejores resultados su lectura en la Argentina de los años sesenta y setenta que en el período de entreguerras? Posiblemente sí, aunque la temática del presente artículo no debe llevarnos a conclusiones exageradas. Al igual que entonces, Maurras convivió con otros autores que por aquellos años también fueron recuperados y que quizá brindaban soluciones más efectivas para las tareas políticas del momento.

Así, si desde sede católica se pretendía condenar a la Revolución Francesa como la partera de los males del mundo contemporáneo (o aun fijar un punto de origen más lejano en el tiempo, como el surgimiento del protestantismo), si bien Maurras brindaba ciertas herramientas, sus predecesores podían resultar más útiles, es decir, Burke por un lado, y De Maistre por otro.⁴⁷ En cambio, si se buscaba una filiación con el hispanismo, tan presente entre ellos, entonces Ramiro de Maeztu era sin duda la referencia más citada.⁴⁸ Ahora, si en medio de aquel convulsionado panorama político y social se buscaba una salida a través de un gobierno autoritario, era Donoso Cortés, o aun Carl Schmitt, quienes brindaron apoyaturas más firmes (como podía explorar Sánchez Abelenda).⁴⁹ Y si el objetivo era denunciar y combatir al “enemigo comunista”, intercalando su tradicionalismo con la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria de origen francés, allí las lecturas fueron más contemporáneas y tributarias de la guerra fría.⁵⁰

Otro conjunto de integrantes de la comisión, en cambio, se ubicó a mayor o menor distancia de otra familia nacionalista, la *populista*. Más allá de que buena parte se consideraba católico, la Iglesia no poseía entre ellos la centralidad que tuviera los anteriores, sino que, más

⁴⁴ Thomas Molnar, “Charles Maurras y el positivismo”, *La Nueva Provincia*, 13 de noviembre de 1972, p. 3.

⁴⁵ Cf. Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, op. cit., p. 78.

⁴⁶ Véase “A veinte años de su muerte. El pensamiento de Charles Maurras”, *La Nueva Provincia*, 16 de noviembre de 1972, p. 3.

⁴⁷ En 1980 Editorial Diction publicó *Reflexiones sobre la revolución francesa*, de Edmund Burke, traducido y prologado por Julio Irazusta.

⁴⁸ En 1986 Editorial Huemul publicó una nueva edición de libro de Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*.

⁴⁹ De los tradicionalistas locales, primero Caturelli y más tarde de manera más sistemática Sánchez Abelenda fueron quienes más se interesaron por Donoso Cortés. El primero lo hizo sobre su filosofía de la historia, mientras que el sacerdote se dedicó a su pensamiento en el marco de su tesis de doctorado. Fue desde allí que arribó al pensamiento de Schmitt, con quien estableció un contacto personal y epistolar. Su tesis fue publicada en 1969 por la editorial Eudeba con el título *La teoría del poder en el pensamiento político de Juan Donoso Cortés*. El trabajo de Alberto Caturelli, *Donoso Cortés: ensayo sobre su filosofía de la historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1958.

⁵⁰ Entre otros, véanse Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución* [1959], Buenos Aires, Tradición, Familia, Propiedad, 1970; Jean Ousset, *El marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Ictio, 1961 (en 1963 se publica en español con traducción de Juan Francisco Guevara y prólogo del cardenal Caggiano); Julio Meinvielle, *El comunismo en la revolución anticristiana* [1961], Buenos Aires, Theoría, 1964; Jordán Bruno Genta, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política* [1964], Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965. Producciones que se sumaban a un creciente catálogo de obras de origen militar integrado también por autores locales y extranjeros.

que sus trayectorias, era su adhesión al peronismo de entonces, en tanto movimiento político que representaba al “pueblo” y enfrentaba a la “oligarquía”, la variable que los identificaba y que sin duda trazaba una línea divisoria con aquellos. Optando también por una acción política secularizada y menos por prácticas contemplativas, diagramaban sus lecturas políticas desde las fronteras del Estado-nación y no a partir de objetivos ecuménicos trazados por la Iglesia (en este sentido eran mejores maurrasianos). Tampoco buscaban preservar un orden social jerárquico ni añoraban con nostalgia un pasado idealizado (aquí quizá sí ponían distancia con Maurras) y aun menos observaban al “pueblo” como una amenaza.⁵¹ En la coyuntura política de 1972, podían ubicarse allí Mario Amadeo, Ernesto y Juan Manuel Palacio, Marcelo Sánchez Sorondo, Nimio de Anquín y Fermín Chávez.

¿Eran asiduos lectores de Maurras? Para la “vieja guardia” de nacionalistas posiblemente representaba entonces el recuerdo de una de las tantas lecturas consumidas en sus años juveniles, quizá leído más sistemáticamente por alguno de ellos. Quien sí mostraba admiración por su pensamiento, y se lo podía inscribir en esta constelación nacionalista, era Jacques Marie de Mahieu, otra ausencia importante en la comisión.

Más allá del carácter fragmentario de sus datos biográficos –cuestión por él mismo alimentada–, podemos decir que De Mahieu nació en París en 1915; para los años treinta ya se había interesado por la propuesta de *Action française*, la cual marcó su formación política inicial. En agosto de 1946, fue uno de los primeros refugiados de guerra que llegó a la Argentina, donde modificó su nombre por el de Jaime María. En su nuevo lugar de residencia se desempeñó como profesor en la Universidad Nacional de Cuyo, otro punto de encuentro de las familias nacionalistas analizadas, además de la ya mencionada publicación *Dinámica Social*, en la que también colaboró.⁵² Por esos años comenzó su acercamiento al peronismo, lo que lo llevó a participar del Congreso Nacional de Filosofía de 1949.

Ubicado durante los años sesenta como mentor ideológico o fuente de consulta de distintos grupos peronistas y nacionalistas, entre ellos *Tacuara* (donde la convivencia con Meinvielle resultó dificultosa, entre otras cuestiones porque el sacerdote lo consideraba comunista por el contenido de sus libros *El Estado comunitario* y *La economía comunitaria*), en el momento de conformarse la comisión, y a pesar de ser un personaje reconocido en el mundo peronista, De Mahieu aparecía como una figura con redes políticas más acotadas y en proceso de iniciar una nueva etapa de su producción escrita cuando ese mismo año creó el Instituto de Ciencias del Hombre (que si bien revelaba una nueva curiosidad antropológica –que con los años derivará en un excéntrico esoterismo– marcaba una distancia con los demás promotores de los homena-

⁵¹ Esta última distinción la tomamos de Daniel Lvovich, *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, “Colección Claves para todos”, N° 50, 2006, p. 12.

⁵² Inaugurada por los gobiernos conservadores a fines de la década del treinta, con la llegada del gobierno militar de 1943, el elenco docente y directivo de la Universidad comenzó a recibir de allí en más a un heterogéneo conjunto de figuras de linajes católicos y nacionalistas. Entre los filiados a coordenadas tradicionalistas, el padre Juan R. Sepich (1906-1979), doctor en filosofía y teología, comenzaría la formación de una importante escuela de discípulos. La filosofía, el derecho y la historia fueron las principales áreas donde desarrollaron sus actividades figuras relevantes del catolicismo intransigente argentino. Rubén Calderón Bouchet y Abelardo Pithod desde la primera de ellas, Guido Soaje Ramos desde la filosofía del derecho, y Alberto Falcionelli y Enrique Díaz Araujo desde la historia; todos ellos ejercieron a partir de la docencia o de cargos directivos una prolongada influencia en la universidad, especialmente en sus facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas y Sociales. Véase María Celina Fares, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IHS*, N° 26, 2011, pp. 215-238.

jes y cierto neopaganismo que hasta podía resultar irritante para los tradicionalistas, aunque menos para el corpus maurrasiano).⁵³

Desde inicios de los años cincuenta De Mahieu venía estudiando la obra de Maurras. Si se repasa su producción pueden rastrearse dos operaciones intelectuales. Una, posiblemente la más tenue, fue la que ensayó en la introducción de *Soliloquio del prisionero*, el último trabajo de Maurras y el primero que se publicó en la Argentina, editado por la colección de cuadernos de *Dinámica Social* y traducido por Fermín Chávez. Más allá del tema que convocaba el libro, es decir, el papel del líder de *Acción Francesa* durante la segunda guerra y las tensiones de su antigermanismo en la Francia de Vichy, se recuperaba allí a Maurras como teórico de las “Revoluciones Nacionales”, en momentos en que la experiencia peronista transitaba su apogeo y buscaba un marco teórico que la justificara.⁵⁴

La segunda línea, sin duda más provocativa y en la cual colocó mayor atención, fue leer a Maurras en sintonía con las ideas de Sorel.⁵⁵ Consciente de los riesgos de compaginar el nacionalismo de este con el socialismo soreliano, De Mahieu veía en ambos la crítica más acabada al espíritu del “siglo de las luces” y a la mitología burguesa del siglo XVIII expresada en la Enciclopedia. Así, la añoranza maurrasiana de una comunidad perimida por la Revolución Francesa donde el hombre permanecía integrado a grupos sociales diversos (familia, gremio, iglesia, municipio, etc.) era complementada con la propuesta soreliana del proletariado como parte de la sociedad de productores (ya que Maurras, según De Mahieu, “no supo dar al problema proletario [...] otra respuesta que la de la ‘reconciliación de las clases’ en un pseudo corporativismo reformista”).⁵⁶ La síntesis sería una comunidad jerarquizada de productores, alternativa que permitiría superar tanto el individualismo liberal burgués como el colectivismo de Estado del socialismo materialista (alternativa, como vimos, también imaginada por Falcionelli).

Al igual que la operación anterior, aquí también se percibía cierta preocupación por brindar una apoyatura teórica al peronismo. La lectura en paralelo de Sorel parecía reforzar así la propuesta de la “Tercera Posición” puesta en circulación por Perón en aquellos años iniciales de la guerra fría; preocupación que De Mahieu explícitamente manifestaba cuando consideraba a La Tour du Pin un precursor de la misma.⁵⁷

Claro que si se volvía sobre su artículo “La contraenciclopedia contemporánea: Maurras y Sorel” en el clima político e intelectual de su reedición de 1969, podía leerse también como el intento de repensar un “socialismo nacional” más afín a las tradiciones de izquierda, entre ellas la peronista; lo que nos llevaría a indagar otras apropiaciones posibles de Maurras por fuera de las derechas o los nacionalismos (como efectivamente ocurrió en otras latitudes).

⁵³ Véase Buchrucker, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”; Luis Donatello, “De la Action Française al peronismo. De Maurras a los templarios. Circulación de ideas entre Francia y Sudamérica en la posguerra”, en Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti (eds.), *Nacionalismo y nacionalistas: debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Gorla, 2011.

⁵⁴ Cf. J. M. de Mahieu, “Introducción” a Charles Maurras, *Soliloquio del prisionero*, *Cuadernos de Dinámica Social*, N° 3, Buenos Aires, Ed. de los autores, 1953.

⁵⁵ Cf. Jaime María de Mahieu, *Maurras y Sorel*, Buenos Aires, Centro Editor Argentino, 1969. Reproduce aquí tres ensayos aparecidos entre 1951 y 1952 en la revista *Estudios Franceses* dirigida por Alberto Falcionelli y editada por la Universidad Nacional de Cuyo: “La mitología burguesa del ‘Siglo de las Luces’”, “La contraenciclopedia contemporánea: Maurras y Sorel”, “La Tour du Pin, precursor de la Tercera Posición”.

⁵⁶ Cf. *ibid.*, p. 68.

⁵⁷ Véase De Mahieu, “La Tour du Pin, precursor de la Tercera Posición”, *op. cit.*

Más allá de dichas operaciones, el de De Mahieu era un Maurras compatible con el socialismo y, por lo tanto, alejado de la tradición católica reaccionaria francesa, tradición que el autor de *El Estado comunitario* consideraba “magnífica pero históricamente superada”. Aquí, entonces, Maurras no continuaba la línea que iba de De Maistre a Bonald, porque estos “mezclaban indebidamente política y teología”, algo que De Mahieu creía obsoleto para pensar un nuevo Estado y un nuevo orden social.⁵⁸

Si hasta aquí las dos familias nacionalistas que convivían en la comisión eran más sencillas de identificar, no sucedía lo mismo con otro grupo de figuras. A pesar de compartir similitudes sensibilidades nacionalistas que los anteriores, algunos de ellos no desplegaban un catolicismo tradicionalista ni tampoco simpatizaban con el peronismo. De contornos más difuminados, aparecían sin una organización estable, minoritarios, pero representados en uno de los presidentes de la comisión, personaje de extensa trayectoria, de reconocido prestigio y puente generacional entre los distintos integrantes de la misma. Nos referimos a Julio Irazusta.

Menos preocupados por las vicisitudes de la coyuntura política, y más avocados a la investigación histórica y a la divulgación fueron quienes en los años sesenta tradujeron parte de su producción escrita. Irazusta sería el encargado de *Mis ideas políticas* en 1962 (el resumen más completo de las ideas maurrasianas) y *El porvenir de la inteligencia* en 1965 (donde en la introducción se animaba a matizar los resultados de la influencia de la plutocracia previstos por Maurras hacia principios del siglo xx); mientras que José Luis Muñoz Azpiri, un ex integrante del cuerpo diplomático argentino y también un estudioso del período rosista, traducía en 1964 *El orden y el desorden*. Era evidente que la principal obra, *Encuesta sobre la monarquía*, por ser un tema ajeno a la discusión política local, no merecía una edición local (aunque sí en España, donde se publicó en Madrid un año antes del inicio de la Guerra Civil).

Huemul y *Nuevo Orden* fueron los sellos editoriales que promovieron dichas traducciones. Si bien en ambas se publicó buena parte del catálogo tradicionalista, su promotor, Antonio Rego (primer director de la revista *Combate*, cuya lectura, por cierto, arrojaba cierto antisemitismo en clave maurrasiana retomado años más tarde por la revista *Cabildo*),⁵⁹ supo diversificar el repertorio con la publicación de autores locales y europeos identificados por su antiliberalismo, y con la incorporación de trabajos de un revisionismo histórico no peronista, fueran los del mismo Irazusta o los de otros autores que transitaban caminos similares.

Aunque Irazusta en ocasión de la muerte de Maurras dedicó un segundo artículo a recordar su figura (donde aprovechó para ajustar cuentas con el peronismo gobernante al recuperar un nacionalismo leído en oposición a las experiencias de alta movilización popular, estatistas y totalitarias, claramente rechazadas por él),⁶⁰ fue su discípulo, Zuleta Álvarez, quien más sistemáticamente se encargó de analizarlo.

⁵⁸ Cf. De Mahieu, *Maurras y Sorel*, op. cit., p. 47.

⁵⁹ Bajo el lema bíblico “Mi boca dice la verdad, pues aborrezco los labios impíos”, *Combate* fue promovida por Jordán Bruno Genta. Durante su existencia, desde diciembre de 1955 hasta mediados de 1967, contó con varios directores, el primero de ellos un joven Antonio Rego. Al repertorio tradicionalista Genta le aportó una obsesión mayor que la habitual por denunciar los peligros de infiltración masónica y reiteradas intervenciones antisemitas a partir de la sección titulada “Crónica del ghetto”. Allí se satirizaba a la comunidad judía y se llegaba a defender la veracidad del panfleto *Los Protocolos de los Sabios de Sión*.

⁶⁰ Julio Irazusta, “Maurras o el primer ciudadano de su tiempo”, *Dinámica Social*, N° 28, diciembre de 1952, pp. 5-6.

No exageraba Caturelli cuando afirmaba que fue este el primero en señalar la influencia de Maurras en la Argentina.⁶¹ Así lo hizo en el primer trabajo exhaustivo publicado en el país acerca de la doctrina maurrasiana (el segundo sería el del mismo Caturelli); trabajo que preparó a mediados de los años cincuenta y que, corregido y ampliado, tiempo después fue editado como *Introducción a Maurras* bajo el sello de Nuevo Orden, versión que alcanzó cierta circulación y reconocimiento.⁶²

Retomando ciertas líneas ya trazadas por Irazusta en su primer artículo, Zuleta, pese a reconocer su admiración, no dejaba de ensayar un análisis crítico de su vida y su doctrina, en especial de su irreductible monarquismo que, según el autor, le habría impedido aceptar el hecho republicano. Si bien reaparecían los tópicos más controvertidos ya recorridos por otras figuras aquí nombradas –sus relaciones con el catolicismo y el Vaticano, y su actuación en la segunda guerra– era la compatibilidad entre política y religión lo que más parecía preocuparle; claro que una preocupación no en clave teológica, como sucedía con los tradicionalistas, sino en clave política. ¿Cómo no observar allí un posible eco del conflicto entre el peronismo y la Iglesia católica ocurrido mientras preparaba la primera versión del trabajo?

¿Cuál era, entonces, el nacionalismo que arrojaba esta biografía política de Maurras? Era un nacionalismo contrarrevolucionario (aquí sí, como señalaba Zuleta, en la línea de Burke, De Maistre, De Bonald, Donoso Cortés y Maeztu), empirista (es decir, soluciones políticas concretas para los problemas de cada realidad nacional), promotor del orden (recuperando la propuesta maurrasiana de la Iglesia como institución esencial de toda sociedad organizada)⁶³ y enemigo de la “plutocracia”.

Sin embargo, era posiblemente el lugar de enunciación en el que pretendía inscribirse Zuleta, es decir, el espacio académico, y cierta distancia que había adoptado de la coyuntura política local (al igual que para entonces su maestro Irazusta) lo que arrojaba una mirada más desapasionada pero no por eso menos panegírica que los trabajos del padre Pinto y De Mahieu, los representantes más destacados de las otras corrientes aquí mencionadas.

Conclusiones

La delimitación, por cierto esquemática, de distintos nacionalismos merece ciertas precauciones. La sola convivencia de las figuras analizadas en la actividad homenaje a Maurras daba cuenta de que sus fronteras eran por demás porosas. Personajes como Julio Irazusta, reconocido como intelectual e historiador de prestigio por todos ellos, y ámbitos como la Universidad Nacional de Cuyo o el periódico *Dinámica Social*, también arrojaban posibles ámbitos de sociabilidad compartidos.

⁶¹ Cf. Alberto Caturelli, *La política de Maurras y la filosofía cristiana*, op. cit., p. 83.

⁶² Cf. Enrique Zuleta Álvarez, “Charles Maurras: nota introductoria a su vida y su obra”, *Boletín de estudios políticos*, N° 7, Universidad Nacional de Cuyo-Escuela de Estudios Políticos y Sociales, 1957, pp. 35-105; Enrique Zuleta Álvarez, *Introducción a Maurras*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965. Este último reproduce los contenidos del primero; solo incorpora en el apartado “Prestigio de Maurras” la influencia del francés en Colombia y, en menor medida, en Chile y en Nicaragua.

⁶³ Véase Enrique Zuleta Álvarez, “Clasicismo y orden en la obra de Charles Maurras”, *Boletín de Ciencias Políticas y Sociales*, N° 21, Universidad Nacional de Cuyo, 1977, pp. 243-286.

Pero más allá de ello sus diferencias eran sin duda visibles. El lugar otorgado al catolicismo y a la Iglesia, sus relaciones con el peronismo, sus prácticas y su diccionario político y, aun, qué representaba para cada uno de ellos conceptos como el de *Nación* marcaron límites difíciles de borrar; aun más en aquella coyuntura donde el retorno de Perón reavivó antiguas querellas que algunos creían saldadas.

Fueron estas diferencias las que delinearón las heterogéneas lecturas y operaciones intelectuales acerca del corpus maurrasiano. Quienes recorrieron su biografía y su producción escrita buscaron apropiarse de su figura, no sin recordar ciertas precauciones. La condena vaticana y su propuesta monárquica fueron temas que llevaron a sus seguidores a realizar esfuerzos denodados para explicarlos con cierta coherencia, aunque los resultados no fueran homogéneos.

Fue la defensa de la “Patria” frente a sus enemigos, fuera la democracia, el socialismo (salvo la propuesta de De Mahieu en clave soreliana) o el liberalismo, el tópico maurrasiano más efectivo para incorporar en la Argentina posperonista. En cambio, su antisemitismo, su propuesta monárquica, su consigna *politique d’abord*, su añoranza de un Antiguo Régimen, su “empirismo organizador”, fueron temas más difíciles de compatibilizar entre las distintas figuras mencionadas.

De las constelaciones nacionalistas analizadas, quizá hayan sido los tradicionalistas quienes buscaron en Maurras respuestas efectivas para enfrentar el contexto político argentino de la década del setenta, leído como un asedio de la subversión sobre la sociedad cristiana. Maurras les aportaba el recurso de la teoría del complot sustentado en lecturas conspirativas de la realidad social (y en algunos la incorporación allí de un antisemitismo en clave racial más que religiosa), que les permitía darle inteligibilidad a un enemigo omnipresente y hábilmente “camuflado” que para ellos tenía el propósito de destruir, antes que la “Patria” (como denunciaba Maurras), a la civilización cristiana.

Claro que si se repasaba su catálogo de lecturas podía observarse que, en definitiva, eran incorporados todos aquellos autores que condenaban la Revolución Francesa en cuanto proceso disolvente del orden social estamentario; Maurras, en ese sentido, fue uno más. A pesar de que ciertos episodios de su biografía le dieron mayor centralidad, como su “conversión” al catolicismo en su lecho de muerte (que transformaba su catolicismo como solución política en un catolicismo como fe personal) y el ostracismo en el que había caído en los años de posguerra producto de un complot de sus “enemigos”, fueron conscientes, algunos más que otros, de que la conciliación entre tomismo y maurrasianismo resultaba dificultosa.

En cambio, Irazusta y sus seguidores parecieron encontrar en Maurras un nacionalismo alternativo al peronismo. Un nacionalismo que, partiendo del empirismo maurrasiano, les permitía adaptarlo a la “realidad” concreta de la Argentina, es decir, un nacionalismo republicano y no monárquico, alejado del populismo y del estatismo, antisocialista y enemigo de la “plutocracia”, concepto que por aquellos años gozó de cierta popularidad.

Pero fue uno de los principales ausentes de la comisión, Jaime María de Mahieu, quien posiblemente propuso la lectura más arriesgada. Aquí aparecía un Maurras compaginado junto a Sorel que arrojaba un nacionalismo despojado de elementos católicos pero estamentario, con una impronta sindical y compatible con el socialismo (al menos, con una de sus tradiciones); operación que podía ser vista en su contexto como el intento de brindar un andamiaje teórico a la primera experiencia peronista. A diferencia de la lectura tradicionalista, De Mahieu parecía más cercano a la familia de las derechas radicales europeas, también antiliberales pero que

no buscaban legitimar su discurso y proyecto político en la religión (o al menos no exclusivamente), sino en una clave secular. Si recuperaba a un Maurras nostálgico del Antiguo Régimen francés no lo hacía por la centralidad que allí ocupó la Iglesia, sino en tanto sociedad organizada a partir de comunidades intermedias (donde la religión era un ámbito más junto a la familia, las corporaciones profesionales, el municipio, etcétera).⁶⁴

Evidentemente, los “usos” de Maurras fueron por demás heterogéneos. Como también lo fue la galaxia nacionalista que el presente artículo pretendió analizar. □

Bibliografía

Anquín, Nimio de, *Escritos Políticos*, Santa Fe, Instituto Leopoldo Lugones, 1972.

—, *Escritos Filosóficos*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2003.

Beraza, Luis Fernando, *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Buenos Aires, Cántaro, 2005.

Buchrucker, Cristián, “Los nostálgicos del ‘Nuevo Orden’ europeo y sus vinculaciones con la cultura política argentina de la postguerra”, en *Informe final de la “Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina” (CEANA)*, Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, 1998.

Calderón Bouchet, Rubén, *Maurras y la Acción Francesa frente a la Tercera República*, Buenos Aires, Nueva Hispanidad, 2000.

Caponnetto, Mario, “*Combate*” (1955-1967). *Estudio e índices*, Buenos Aires, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1999.

Carulla, Juan E., *Al filo del medio siglo* [1951], Buenos Aires, Huemul, 1964.

Caturelli, Alberto, *Donoso Cortés: ensayo sobre su filosofía de la historia*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1958.

—, *La Política de Maurras y la filosofía cristiana*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1975.

Compagnon, Olivier, “Le maurrassisme en Amérique latine. Etude comparée des cas argentin et brésilien”, en O. Dard y M. Grunewald (eds.), *Charles Maurras et l'étranger – L'étranger et Charles Maurras*, Berna, Peter Lang, 2009.

Correa de Oliveira, Plinio, *revolución y contrarrevolución* [1959], Buenos Aires, Tradición, Familia, Propiedad, 1970.

De Mahieu, Jaime María, *Maurras y Sorel*, Buenos Aires, Centro Editor Argentino, 1969.

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Díaz Nieva, José, “Apuntes para un estudio de la influencia de Maurras en Hispanoamérica”, en *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, N° 16, 2010.

Donatello, Luis, “De la Action Française al peronismo. De Maurras a los templarios. Circulación de ideas entre Francia y Sudamérica en la posguerra”, en Fortunato Mallimaci y Humberto Cucchetti (eds.), *Nacionalismo y nacionalistas: debates y escenarios en América Latina y Europa*, Buenos Aires, Gorla, 2011.

Dotti, Jorge, *Carl Schmitt en Argentina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2000.

Echeverría, Olga, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2009.

⁶⁴ Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

- Fares, María Celina, “Universidad y nacionalismos en la Mendoza posperonista. Itinerarios intelectuales y posiciones historiográficas en los orígenes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”, *Anuario IJES*, N° 26, 2011.
- Galván, María Valeria, “El Movimiento Nacionalista Tacuara y sus agrupaciones derivadas: una aproximación desde la historia cultural”, Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Martín, 2008.
- , *El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)*, Rosario, Prohistoria, 2013.
- Genta, Jordán Bruno, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política* [1964], Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.
- González Cuevas, Pedro Carlos, *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Grillo, María Victoria (comp.), *Tradicionalismo y fascismo europeo*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- Gutman, Daniel, *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003.
- Ibarguren, Carlos (h.), *Roberto de Laferrère (periodismo-política-historia)*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Irazusta, Julio, *Balace de siglo y medio*, Buenos Aires, La Balandra, 1972.
- , *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas/Ministerio de Educación y Justicia, 1975.
- (prólogo), Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Buenos Aires, Dictio, 1980.
- Lida, Miranda, “Trazos francófilos en la cultura católica argentina de entreguerras”, *PolHis. Revista del programa interuniversitario de historia política*, N° 13, 2014.
- Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2003.
- , *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*, Buenos Aires, Capital Intelectual, “Colección Claves para todos”, N° 50, 2006.
- Massis, Henri, *La vida intelectual de Francia en tiempo de Maurras*, Madrid, Rialp, 1956.
- Maurras, Charles, *Soliloquio del prisionero. Cuadernos de Dinámica Social*, N° 3, Buenos Aires, Editorial de Autores, 1953.
- , *Mis ideas políticas*, Buenos Aires, Huemul, 1962.
- , *El orden y el desorden*, Buenos Aires, Huemul, 1964.
- , *El porvenir de la inteligencia*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.
- McGee Deutsch, Sandra, *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, UNQ, 2003.
- , *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*, Buenos Aires, UNQ, 2005.
- Meinvielle, Julio, *El comunismo en la revolución anticristiana* [1961], 2ª ed. corregida y aumentada, Buenos Aires, Theoría, 1964.
- Ousset, Jean, *El marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Ictio, 1961.
- Padrón, Juan Manuel, “Nacionalismo, militancia y violencia política. Los tacuaras en la Argentina, 1955-1969”, Tesis de doctorado, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2009.
- Sánchez Abelenda, Raúl, *La teoría del poder en el pensamiento político de Juan Donoso Cortés*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- Sánchez Sorondo, Marcelo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Tato, María Inés, “Un sinuoso itinerario en los laberintos de la política argentina. A propósito de María Valeria Galván. El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1956-1969)”, *PolHis*, Año 6, N° 12, 2013.
- Weber, Eugen, *L'Action française*, París, Fayard, 1985.
- Winock, Michel (dir.), *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Seuil, 1993.

Winock, Michel (dir.), *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010.

Zanca, José, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Zuleta Álvarez, Enrique, *Introducción a Maurras*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.

—, *El nacionalismo argentino*, 2 vols. Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.

—, “Presencia de Irazusta en la Argentina Contemporánea”, en Enrique Zuleta Álvarez, Enrique Díaz Araujo y Mario Saravi, *Homenaje a Julio Irazusta*, Mendoza, 1992.

—, *España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Confluencia, 2000.

Resumen / Abstract

Charles Maurras y los nacionalistas argentinos.

Recepción y “usos” en los años posperonistas

Charles Maurras, principal figura en Francia del movimiento monárquico *Action Française*, se convirtió durante el siglo XX en una referencia política e intelectual para ciertos círculos nacionalistas argentinos. Tras una primera recepción en los años de entreguerras, luego de su fallecimiento en 1952 fue recuperado en un clima político e intelectual diagramado ahora por la guerra fría y el posperonismo. A partir del análisis de la comisión de homenaje conformada para recordar el 20º aniversario de su fallecimiento, analizaremos este segundo momento de recepción, circulación y “usos” de la obra escrita del autor de *Enquête sur la monarchie*.

Palabras clave: Charles Maurras - Acción Francesa - Nacionalismo - Argentina - Posperonismo

Charles Maurras and the argentinian nationalists.

Reception and “uses” at the post-peronist period

Charles Maurras, France’s principal figure of the monarchic movement *Action Française*, became, among the twentieth century, a political and intellectual reference for certain argentinian nationalists groups. After a first reception at the interwar period, thereafter his death in 1952 was recovered in an political and intellectual context signed by the Cold War and the post-peronism. Through the analysis of the homenaje comitee established to commemorate the 20th anniversary of his death, we will analyse this second moment of reception, circulation and “uses” of the printed work of the autor of *Enquête sur la monarchie*.

Keywords: Charles Maurras - Action Française - Nationalism - Argentina - Post-peronism

Fecha de recepción del original: 3/2/2016

Fecha de aceptación del original: 2/6/2016